



Del Alcázar de Dulcinea: don Quijote en el Toboso

JOSÉ LUIS ÁLVAREZ MARTÍNEZ

Después de 400 años de su publicación, los caminos del hidalgo manchego han sido frecuentados por los lectores y críticos tan asiduamente que, como decía Marcel Bataillon hace ya medio siglo:

“todo está dicho acerca del Quijote. Pero cabe todavía prolongar o rectificar algunas observaciones”¹.

Con ese ánimo emprendo ahora yo la redacción de estas páginas.

En toda gran obra literaria siempre hay terreno abonado para que el lector inquieto y el crítico atento espiguen en los rastrojos nuevas explicaciones, pues, tal como señala Jorge Urrutia:

“leer un libro viene a ser , pues leernos a nosotros mismos. Pasa el tiempo y cambia la inmóvil obra literaria porque otro es el lector y otro es el descubri-

¹ In *Quaderni Ibero Americani*, nº 15, 1954, pág.393. Recogido, después en Marcel Bataillon: *Varia lección de Clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964, pág. 301)

miento. Los grandes textos de la literatura aparecen bajo una nueva luz cada mañana.”²

Dispongámonos pues a acompañar al hidalgo manchego y a su escudero en su expedición al Toboso, pueblo de la provincia de Toledo ubicado, no lejos de Mota del Cuervo, en la ruta de Madrid a Albacete.

Recordemos que don Quijote, antes de iniciar su tercera salida en busca de nuevas aventuras decide peregrinar a la patria de Dulcinea para solicitar la bendición de su amada y, de paso, dar cumplimiento, como buen caballero que era, al encargo que, según la invención del trapacero Sancho, le encomienda Dulcinea.

Recordemos que, en el capítulo 26 de la Primera parte, Sancho acompaña a su amo mientras éste está realizando una disparatada penitencia en los parajes más despoblados de Sierra Morena. El escudero recibe, entonces, la encomienda de ir al Toboso para entregarle una carta de amor a Dulcinea.

Ya puesto en camino y no lejos de donde se queda don Quijote, Sancho se va a encontrar con el cura y el barbero de su pueblo a quienes da cuenta pormenorizada de la misión que debe cumplir y del apuro en el que se halla. Cuando va a enseñarles la carta de amor de don Quijote, se da cuenta de que no tiene el “libro de memoria” en el que venían escritas la carta del hidalgo manchego y, lo que es más importante para Sancho, “una cédula firmada de su señor, por la cual mandaba a su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro o cinco que estaban en casa” (*D.Q.I*, 27).

No tendría sentido hacer un viaje para buscar a una persona que no existe, por lo que Sancho dejará pasar un tiempo prudencial y cuando regrese de su ficticio viaje le comunicará al enamorado caballero lo que Dulcinea le había contestado de palabra que “le mandaba, so pena de la su desgracia que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho” (*D.Q.I*, 27). Esta es una de las argucias con las que el cura piensa que se puede dar fin a la disparatada penitencia del ingenioso³ hidalgo manchego.

2 Jorge Urrutia: *El tejido cervantino*. Sevilla, Los libros de Altisidora, Editorial Don Quijote, 1992, pág. 93.

3 Otis H Green, aplicando los parámetros de *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, propone para el adjetivo de ingenioso de nuestro protagonista el sentido de “loco”, porque su locura, como aberración psíquica, tiene su correspondencia en el temperamento y complexión física de don Quijote. En “El ingenioso hidalgo” *H.R.*, 25 (1957) págs175-193), esta idea, de nuevo es recogida, por Francisco Márquez Villanueva: “Se tardó mucho en comprender que *ingenioso* era terminología

Tal como habían planeado Sancho le da la contestación a don Quijote y le adorna el recado con graciosas invenciones de su propia cosecha. Por influencia del cura, en el ánimo del escudero está el desmitificar a Dulcinea para ver si así su amo recobra la razón perdida.

Le hace ver que su amada no era la princesa ideal que ha soñado sino una adoce-nada campesina que se encontraba realizando tareas impropias de una gran señora y que, para colmo de los colmos, hasta olía mal. Estamos en el capítulo 31 de la Primera parte, el Hidalgo le pregunta a su escudero por una Dulcinea inventada y éste le responde con una Aldonza Lorenzo, moza campesina, inventada a su vez por él.

Tal como señala Martín de Riquer, “como el escudero está en el secreto, no puede inventar una escena de tipo caballeresco al estilo de las novelas y contar a su amo que halló en el Toboso un palacio y que habló con la princesa. Sancho inventará una escena lo más aproximada posible a lo que hubiera podido ocurrir si realmente hubiese llevado la carta de don Quijote a Aldonza Lorenzo aunque matizándola con socarromería”.⁴

Nos hallamos ante un juego de invenciones, aunque de signo contrario⁵, de espejos contrapuestos que nos reflejan el relativismo de su perspectiva porque, no lo olvidemos, ni Sancho ha ido al Toboso ni se ha entrevistado con la supuesta dama. Sancho, ya lo hemos visto, fundamenta su invención manejando con verosimilitud coherente los datos de que dispone. Él sabe porque el propio don Quijote, en un momento de lucidez, se lo ha confesado que Dulcinea es Aldonza Lorenzo, moza que, aunque “es de muy buen parecer” es una aldeana del Toboso que “tira tan bien la barra como el más forzado zagal de todo el pueblo” (*D.Q.* I, 25)

médica (o mejor dicho psiquiátrica) con el valor de “enfermo de la imaginación”, tal como lo introducía el precartesiano Huarte de San Juan (1529-1588), médico navarro avecindado en Baeza, en su *Examen de ingenios para las ciencias*, en la fecha bastante avanzada de 1577) in “Las bases intelectuales” *Cervantes en letra viva*.. Barcelona, Reverso Ediciones, 2005 pág. 55.

Las relaciones entre Huarte y Cervantes ya fueron señaladas, en el tercer centenario del *Quijote* por Rafael Salillas: *Un gran inspirador de Cervantes: el doctor Juan Huarte y su Examen de Ingenios*, Madrid 1905 y por Miguel de Unamuno: *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid 1905. Después también se estudian estas relaciones en la monografía de M. de Iriarte: *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios*. Madrid, 1948, Págs. 311-332.

4 En el Introducción a su edición del *Quijote*. Barcelona, Ed. Planeta, 1962, pág.XLVII.

5 Vid.: Aurora Egido: “La memoria y el Quijote” in *Cervantes*, XI, (I) 1991, Págs. 3-44.

En la fabulación de Sancho, Dulcinea estaba realizando un trabajo tan vulgar e inapropiado como el de cribar dos fanegas de trigo en un lugar tan poco idóneo para una princesa como el corral de la casa, espacio destinado a los animales domésticos⁶. Por otra parte, el esfuerzo del trabajo hace que la joven sude. En la imaginación de Sancho despedía “un olorcillo algo hombruno”. Para colmo de males, la hipotética amada no le ha prestado la más mínimo atención a la amorosa misiva.

Con todas estas argucias Sancho y el Cura piensan que se podría romper, de una vez por todas, la imagen ideal de Dulcinea que se ha ido fraguando en la mente calenturienta de su amo. Nada más lejos de la realidad.

Cada uno de los datos negativos que le presenta su escudero, Don Quijote lo interpreta de una manera idealizada que permite transformar, a su conveniencia, lo negativo en positivo⁷:

.- “Pues haz cuenta –dijo don Quijote– que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos”.

.- Puesto ya a inventar, el trigo para Sancho no es ni candeal ni trechal sino que es el trigo de más baja calidad, el rubión. Este dato no presenta pega alguna a los ojos del enamorado caballero “-Pues yo te aseguro –dijo don Quijote– hizo pan candeal, sin duda alguna”.

.- En cuanto a la poca atención que Dulcinea le prestó a la carta “eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella”.

.- Aunque contradiga los cánones de belleza femenina vigentes, tampoco presenta problemas para don Quijote la excesiva talla que le adjudica Sancho pues tal altura “la adorna con mil millones de gracias el alma”. Nos encontramos con una graciosa utilización de la polisemia del adjetivo “alto” pues, en la idealización del caballero, Dulcinea es una alta princesa; es decir, de alta alcurnia, mientras que para el escudero sólo se trata de una aldeana alta; lo cual entra en contradicción, como ya hemos señalado, con los códigos de la belleza femenina de la época.

.- En cuanto a la fragancia que, en la ensoñación de don Quijote, debe de tener Dulcinea, Sancho le responde con el jarro de agua fría de que sintió “un olorcillo algo

6 Márquez Villanueva relaciona esta ocurrencia sanchesca con el capítulo XVII de *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea* de Guevara. “Si el patriarca Abrahán anduviera vagando fuera de su tienda, no mereciera que los ángeles entraran en su casa y le dieran el parabién del hijo que esperaba; y si Gedeón no estuviera también abechando el trigo en su casa, nunca el ángel le pidiera albricias de la victoria” in Francisco Márquez Villanueva: *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973, pág.238

7 Vid.: Aurora Egido: “La memoria y el Quijote” in *Cervantes*, XI, (I) 1991, Págs. 3-44.

hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correo-sa”, lo cual no es ningún inconveniente para don Quijote porque le adjudica el mal olor a su escudero (“o te debiste oler a ti mismo”) y ni se inmuta.

Como el ánimo de don Quijote es tan difícil de abatir, Sancho carga las tintas sobre su invención. Dulcinea no solo es una aldeana fea y maloliente, sino que también es ignorante y ahora no es ya que no le preste la más mínima atención a la carta de su enamorado, sino que la rompe en pedazos:

“La carta –dijo Sancho– no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos (...) y que así le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y dejase de hacer disparates y se pusiese luego en camino del Toboso...”.

Este mandato de Dulcinea que se inventa Sancho en la Primera Parte no ha caído en saco roto y ahora, en su tercera salida, don Quijote decide, antes de enfrentarse con cualquier aventura, ir a postrarse ante los pies de su amada.

Tal idea no le agrada en absoluto al escudero, pues teme que se vaya a descubrir ahora su impostura anterior. Pero, en fin, aquí los tenemos ya al caballero y al escudero a las puertas del Toboso:

“En fin, otro día al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor;” (*D. Q. II*, 8).

Cervantes, con una maestría inigualable, señala el estado de ánimo, la situación psicológica en el que se encuentran sus protagonistas en estos momentos cuando ya están a la vista del Toboso

“(...) de modo que uno por verla y el otro por no haberla visto, estaban alborotados y no sabía Sancho qué iba a hacer cuando su dueño le enviase al Toboso” (*D. Q. II*, 8).

En la visita del caballero andante a su amada hay un detalle que, según creo, ha sido obviado por la crítica aunque, pienso que, en la novela, adquiere una fuerte carga simbólica. Resulta sorprendente que don Quijote, al ir en busca de Dulcinea, se embosque dos veces consecutivas.

La pareja de andantes llega a la vista del Toboso cuando ya la tarde está cayendo

“otro día al anochecer (...)”; es decir, al anochecer del día siguiente.

A pesar de la urgencia que el ingenioso hidalgo tiene de presentarse ante su señora, éste decide

“entrar en la ciudad entrada la noche y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban” (*D.Q.*II, 8).

Don Quijote percibe la realidad según los modelos prescritos por la literatura y a ellos acomoda su comportamiento. Esto no sólo es bien sabido, sino que resulta fundamental para la correcta interpretación de la novela. Pues bien, desde esta perspectiva hay que recordar que la espera ansiosa de la noche por parte de los enamorados es un topos muy utilizado tanto en la Antigüedad clásica como en la Edad Media o el Renacimiento. La soledad de la noche es un momento adecuado para que los amantes se entrevisten discretamente⁸. Pero esto no es todo, como ocurre frecuentemente en Cervantes, en este detalle se van a esconder otras muchas implicaciones.

Al final del capítulo, después de haber pasado toda la noche en los alrededores de la iglesia del Toboso, al llegar el alba, ante el evidente desconcierto de su señor, Sancho encuentra ocasión para sacar a su amo del pueblo y ocultarlo de nuevo entre unas encinas.

“Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena; y así, dio prisa a la salida, que fue luego, y a dos millas del lugar hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea;”.

Sancho tenía urgencia de salir del pueblo no solo porque su amo podría descubrir todo el engaño de su fingido primer viaje al Toboso, sino por otras razones más prácticas que el propio Cervantes se encarga de aclarar, en el soliloquio del propio escudero en el capítulo siguiente:

8 Baste recordar los mitos de Píramo y Tisbe, de Hero y Leandro o los múltiples ejemplos que, de este tema, se pueden espigar tanto en el Romancero y en la *Celestina* como en la literatura del Siglo de Oro.

“¿Y parécenos que fuese acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas y a desasegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? (...) porque la gente manchega (concluye Sancho) es tan colérica como honrada y no consiente casquillas de nadie” (D.Q.II, 10).

Estamos en una época en la que está triunfando la comedia lopista y, por lo tanto, sería muy bien conocido de todos los contemporáneos que cualquier galán, para ir a visitar con ánimo de conquista a una doncella debe seguir un protocolo muy elaborado; tiene que tomar inexcusablemente una serie de medidas que el hidalgo manchego, en este momento, hartamente peligrosamente está obviando. Todo lector de la época, y esto debiera incluir al propio Alonso Quijano, si lo fuera de su novela, sin duda intuiría que esta visita al Toboso, en caso de encontrar y reconocer a Aldonza Dulcinea, iba a resultar altamente peligrosa. Don Quijote, hay que insistir de nuevo, puede estar loco pero no es tonto, por eso toma la decisión de entrar en pueblo manchego de noche, cuando todos los vecinos se encuentren durmiendo.

Múltiples, por tanto son las razones de que tan esperpéntica pareja no se deje ver en las calles del Toboso a plena luz del día.

Por otra parte, podríamos deducir que esa insistencia de Cervantes en asociar la búsqueda de Dulcinea con la noche tiene una fuerte carga simbólica dado que la amada de don Quijote nunca podrá salir del mundo de los sueños en el que fue concebida. Ya el propio Rafael Lapesa, hablando del nombre de Dulcinea dice que el mismo

“(...) hablaba sí, de evasión elevadora hacia el reino de lo soñado pero a la vez debía de tener resonancias de comicidad”⁹.

Hay que señalar, aunque sea solo de pasada, que en ese mundo ideal que habita, Dulcinea, (Aldonza) conserva permanentemente su lozanía: la dama de don Quijote, si viviera, en este momento pasaría de los sesenta años edad.

Parece como si la luz del día fuese a diluir la imagen fantástica de Dulcinea, la cual no puede conservar su existencia fuera de la mente calenturienta del caballero andante. De este modo, cuando d.Q. la cree ver a plena luz del día, ésta aparece como una

9 Rafael Lapesa: “Aldonza-Dulce-Dulcinea” artículo recogido en *De la edad media a nuestros días*. Madrid, Gredos. 1977 pág. 218.

ruda aldeana montada en un jumento. La Dulcinea que inventa Sancho, más rasgos tiene de marimacho que de princesa.

Arranca el capítulo con la expresión proverbial “media noche era por filo”, dicho que cita Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro* anotando que tal expresión se utiliza

“Para decir que era justamente el punto de la media noche”¹⁰.

En la coletilla “poco más a menos” que Cervantes añade a la cita Vicente Gaos, y algunos editores posteriores, han querido ver una burla “de la costumbre de usar frases proverbiales sin entenderlas” porque este filo es el de la balanza. Eran las doce en punto y efectivamente, la coletilla de de “poco más a menos” es de difícil explicación¹¹ tal como ya señaló hace dos siglos Diego Clemencín en su comentario al Quijote:

“Lope de Vega, en el Libro I de *Peregrino en su patria*, dice que los castellanos llaman filo a la mitad de la noche, y no sin causa, *tomando de la proporción del peso que estando en igual balanza se llama filo*. Este último se llama *fil* en las *Ordenanzas de la moneda*, publicada por los Reyes Católicos en Medina del Campo el año 1497. También usó Cervantes de la palabra *fil* en la descripción del gobierno de la ínsula Barataria cuando decía Sancho que estaban en un fil las razones de condenar o absolver (...) Y si la expresión *por filo* quiere decir *justa, cabalmente, en punto*, no debió añadirse, como añadió el texto, *poco más o menos*”¹².

A partir de este comentario de Clemencín se viene aceptando la impropiedad de esta coletilla de Cervantes, bien tomada como un error de tan ilustre novelista¹³, o bien como una burla de Cervantes según piadosamente cree Vicente Gaos. Sin embargo tal vez nuestro autor, en este caso, ni se equivoque ni pretenda burlarse de nada. Al final del capítulo anterior leemos que

¹⁰ Sebastián de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española*, pág. 595, b, 12.

¹¹ Siguiendo esta línea Pablo Jauralde Pou comenta : “A “Media noche era por filo”, evocación épica y datación exacta se opone el vulgar o coloquial “poco más o menos”, que significa, en rigor, lo contrario del verso del romance y que anula los posibles efectos dramáticos-heroicos de aquel primer verso”. In “EL Quijote II, 9” *A.C.*, XXV_XXVI, 1987-88, pág. 182.

¹² *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha... comentado por* Diego Clemencin. Madrid: D.E. Aguado, 1833-39. 6v. El texto ha sido reeditado en varias ocasiones. Yo cito por la edición que se preparó para el IV centenario y que está reimpressa en Valencia, Ed. Alfredo Ortells Ferriz, 1967, pág. 1558.

“Finalmente ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que, cerca del Toboso, estaban y llegado el determinado punto entraron en la ciudad (...)” (D.Q.II VIII).

Don Quijote y Sancho carecen de un reloj que mida con precisión las horas nocturnas, por lo que cualquier referencia horaria tiene que ser aproximada, de aquí el “poco más o menos”. Pero, de todas las maneras, a Cervantes le conviene insistir en que era medianoche, la hora de las doce en punto. ¿Por qué esa insistencia? En las novelas de Cervantes, lo sabemos bien, nada se deja al azar.

Puede ser que la clave de la cuestión radique no en la imprecisión del “más o menos”, sino en el arranque del capítulo: “media noche era por filo” en donde hallamos uno de los múltiples casos de intertextualidad que se dan en el *Quijote*.

Se trata, como es bien conocido por todos, de una referencia al romance del Conde Claros¹⁴: “Media noche era por filo,/ los gallos querían cantar: conde Claros con amores/ non podía reposar”.

La alusión a la historia del Conde Claros está perfectamente justificada por la similitud de la situación anímica de ambos personajes: lo mismo que le ocurría a Claros le sucede a don Quijote, que “con amores/ non podía reposar”.

En segundo lugar, a Cervantes le interesa sobremedida situar la acción en plena medianoche, tiempo en el que campan a sus anchas el demonio, las brujas y los fantasmas, lo cual, como notaremos más adelante, tiene importancia capital en el episodio.

Ya se encuentran d.Q. y Sancho en pleno Toboso. Cervantes destaca la soledad de noche por medio de la aliteración: “sosegado silencio”¹⁵. Este silencio que reina en el pueblo porque todos “sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida”, parece como si amplificase los diversos e inquietantes ruidos producidos por los animales. Es como si, cuando el mundo de la consciencia se halla enajenado, porque todos los vecinos (rationales) duermen, el espacio que queda libre fuese ocupado por el mundo de las bestias. Sería la inconsciencia irracional que aflorara, en este momento, a la super-

¹³ Diego Clemencín parece que dedicó una gran parte de su vida a encontrar los, en muchos casos pretendidos, errores de Cervantes.

¹⁴ El primero en señalar la fuente ha sido Diego Clemencín: Op. Cit., pág.1158.

¹⁵ Vid. A.S. Trueblood: “El silencio en el *Quijote*”, *N.R.F.H.*, XII, 1958, págs. 160-180 y 1959, págs. 98-100. y Francisco Márquez Villanueva: *Personajes y temas del Quijote*. , Madrid, Taurus, Págs. 155 y ss.

ficie de este Toboso dormido: ladridos de perros, rebuznos de jumentos, gruñidos de puercos, mayidos de gatos, etc.

El mundo de los humanos está en suspenso mientras todo se halla ocupado por los irracionales y, aunque la noche es entreclara, Sancho bien quisiera que fuera del todo “oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez”.

Si el pusilánime ánimo de Sancho no tuviera bastantes problemas con la urgencia de encontrar ahora una solución creíble al invento de su entrevista anterior con Dulcinea, el ambiente que se respira ahora en el Toboso llena de turbación su ánimo.

Aunque lo disimule, d.Q. debe de tener el mismo estado de ánimo porque acucia a Sancho para que le guíe sin demora al hipotético palacio de Dulcinea, pero el escudero, por las razones que el lector conoce, no hace más que poner inconvenientes a los deseos de su amo:

En primer lugar, le dice que no era un palacio, donde la encontró sino una casa pequeña. Don Quijote entra en el juego y le replica que debía de ser

“un pequeño apartamento de su alcázar” en donde debía de estar “solazándose con sus doncellas, como es uso y costumbre de las grandes señoras y princesas”.

En segundo lugar, arguye que éstas no son horas de presentarse en casa de nadie, porque no van a encontrar la puerta abierta.

Para remate esgrime un tercer argumento que piensa que no podrá, de ninguna manera, ser rebatido por su amo:

“¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?”.

Don Quijote se harta ya de tantos inconvenientes que le pone su escudero y decide tomar él mismo la iniciativa de encontrar el palacio de Dulcinea. A lo lejos descubre, entre las sombras, el bulto de un edificio alto que supone que es el palacio de su amada.

Sancho, evidentemente, es totalmente consciente del error de su amo. Su falta de fe en el feliz éxito de esta empresa es bastante mayor que la de Tomás, el discípulo de Cristo. Y de nuevo nos encontramos con otro caso de intertextualidad¹⁶:

¹⁶ No creo que a Cervantes se le pasara por la cabeza, por lo menos conscientemente, el identificar la visita de don Quijote a la supuesta Dulcinea con la aparición de Jesucristo resucitado a algunos de sus discípulos que se narra en *Los hechos de los Apóstoles*.

“-Pues guíe vuestra merced -respondió Sancho-: quizá será así; aunque yo lo ver, con los ojos y lo tocar, con las manos, y así lo creer, yo como creer que es ahora de día.”¹⁷

No necesitaron andar mucho los andantes para llegar al pretendido alcázar de Dulcinea, el cual resulta ser la iglesia principal del pueblo.

El desencanto de don Quijote es evidente:

“Con la iglesia hemos dado, Sancho” dice el chasqueado caballero al darse casi de bruces con la Iglesia parroquial de San Antón¹⁸.

Esta frase cervantina ha hecho fortuna en la fraseología española, aunque levemente modificada en su forma y muy profundamente adulterada en su sentido: “Con la iglesia hemos topado, Sancho”.

Y así, el término *topar* adquiere las connotaciones de poner tope, de impedir el progreso en cualquier empresa. La Iglesia, por lo tanto, se convierte, por el efecto de esta lectura estragada, en una institución poderosa a la que nadie puede contradecir ni enfrentarse a sus determinaciones.

Vaya por delante que tal mistificación viene de la lectura, tal vez inconsciente, que hicieron Benjumea y otros críticos anticlericales del siglo XIX.

Ya Astrana Marín, en su ya citada y monumental *Vida ejemplar y heroica de Cervantes*, dice, comentando este texto:

“La frase es célebre, por el carácter racionalista que erróneamente han querido atribuirle visionarios o mal intencionados intérpretes esotéricos del *Quijote*. Pero ni tiene más sentido que el literal, ni de la conversación entre don Quijote y Sancho, afanados en buscar el pretendido palacio de Dulcinea, puede inferirse otra cosa, y mucho menos ataque alguno contra la Iglesia. Y no está de más advertir que todavía la frase se ha falseado escribiendo: “Con la Iglesia hemos topado, Sancho”, en significación de haber tropezado con ella.”¹⁹

17 De nuevo nos encontramos aquí con la oposición día, noche, que tanto simbolismo tiene en el capítulo.

18 Vid. Luis Astrana Marín: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid, Instituto editorial Reus, 1958, Tomo VII, págs. 335 y ss.

19 *Ibid.* Tomo VII, págs. 339-40.

El Toboso, a la sazón, pertenecía al Maestrazgo y Orden de Santiago, dependiente del Convento de Uclés y era famoso, en los tiempos de Cervantes, por sus tinajas, tal como recogen las *Relaciones topográficas*, redactadas en la época de Felipe II²⁰:

“lo que, en el pueblo se ha labrado y labra y hace mejor que en otro lugar, son tinajas para tener vino, aceite y lo que más quisieran echar en ellas, y de las hacer, hay en el pueblo mucha pericia y ciencia”²¹.

Un dato curioso, según las mismas *Relaciones topográficas*, es que en la época de Felipe II, en que se redactaron, El Toboso tenía unas 700 casas y unos 900 vecinos, casi todos labradores. El pueblo se repobló

“con moriscos que de las Alpujarras del Reino de Granada se truxeron; y nunca tuvo tantos vecinos ni población como ahora; porque hay personas, hoy vivas, que conocieron y vieron el pueblo cercado, y solo había 200 casas”²².

Cuando Cervantes escribe la segunda parte del *Quijote*, los moriscos acaban de ser expulsados de España, por lo tanto, el pueblo al que llegan caballero y escudero, más se debía de parecer, de nuevo, al Toboso de las 200 casas que al de las 700. Sin embargo cuando Cervantes presenta el personaje de Dulcinea-Aldonza Lorenzo, en la Primera parte del *Quijote*, el Toboso, según las citadas *Relaciones*, debía de tener 900 vecinos de los que un porcentaje mayoritario eran de origen morisco.

Resulta, por lo tanto, muy graciosa y sospechamos que hartó sarcástica, la ambigüedad de la frase que Cervantes le hace anotar a Cide Hamete Benengeli, su *alter ego* morisco:

“Preguntéle yo de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

20 Las *Relaciones Topográficas de Felipe II* son índices que recogen los nombres, situación geográfica y características de los pueblos de España mandadas hacer por el rey en 1575.

Se trata de una encuesta de 59 preguntas a la que las autoridades locales del reino deben dar respuesta.

21 Texto citado por Astrana Marín. *Ibid.*, pág. 339. y antes por Clemencín: *Op. Cit.* Pág. 1559.

22 *Ibid.* pág. 341.

Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha”. (*D.Q.* I, 9)

¿A qué viene esa nota al margen de “salar puercos”, en boca del morisco? Conociendo a Cervantes, posiblemente se trate de una atenuación irónica. Lo más que probable es que haya que entender la afirmación “ad sensum contrarium”. El sarcasmo radicaría en que, por boca del morisco Hamete, Cervantes esté insinuando que Dulcinea del Toboso de la que está enamorado don Quijote no solo no es la gran princesa que pretende andante caballero sino que, posiblemente, sea una humilde morisca. Américo Castro sugiere los orígenes moriscos de Aldonza-Dulcinea:

“Lo morisco de Dulcinea es un tema latente, aunque bien entrelazado con la textura literaria de la vida quijotil. Don Quijote, cuando lo llevan a su casa “sobre el borrico” (I,5), se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcalde de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaldía” según había leído “en la *Diana* de Montemayor”. Don Quijote se imagina que a él le llevan preso como Abindarráez, el enamorado de la mora Jarifa, lo cual le hace asociar mentalmente esta figura literaria con la de Dulcinea, pues ambas son moriscas: “Sepa vuestra merced... que esta hermosa Jarifa es ahora la linda Dulcinea del Toboso.” Dulcinea-Jarifa, Dulcinea-Aldonza, son dos maneras de expresar la misma cosa”.²³.

En otro texto el Hidalgo caballero le confiesa paladinamente a su escudero Sancho que no le importa, en absoluto, cuál pueda ser el linaje de Aldonza y sus orígenes moriscos, porque él no necesita ninguna cédula de limpieza de sangre:

“Y así básteme a mi pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo” (*D.Q.* I,25)²⁴.

23 Américo Castro: *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid, Alfaguara, 1966. Yo cito por la edición de Alianza editorial, 1974, pág. 81.

24 Para Torrente Ballester este es un “párrafo clave que nunca será ociosamente analizado e interpretado...” Dulcinea, para Torrente, es un mero pretexto que tiene menor entidad que Rocinante. No es imposible que este pasaje del *Quijote* implicase una diversión a costa de las costumbres poéticas del

Quedamos, pues, en que el alcázar de esta “gran señora” es lo que andan buscando ahora, en medio de las tinieblas de la noche, don Quijote y Sancho. Pero no lo buscan a plena luz del día, cuando todas las cosas se manifiestan como son, con la claridad diáfana, sino en medio de las tinieblas de la noche en donde los sentidos se pueden fácilmente equivocar. A media noche es cuando don Quijote y Sancho emprenden la búsqueda de el pretendido palacio de esta Dulcinea de linaje incierto.

Sancho, y por supuesto, los lectores atentos no ignoran que tal búsqueda está condenada al fiasco más absoluto. De ahí que todos los malos agüeros que don Quijote percibe a la llegada al Toboso no son otra cosa que la crónica anunciada de una empresa irremediabilmente condenada al fracaso.

No es la primera, ni será la última vez que nos encontremos con los augurios o los agüeros en el *Quijote*²⁵.

Volviendo al inicio del capítulo, recordemos que es “*Medianoche* por filo, poco más a menos” cuando don Quijote y Sancho entran en el Toboso. No se oía en todo

tiempo e, incluso, de algún poeta concreto que el autor pudo haber conocido, si no en persona, al menos en fama y hechos. Lo que don Quijote dice, ¿no podría ponerse en boca, vale el caso, de don Fernando de Herrera?”. Gonzalo Torrente Ballester: *El Quijote como juego*. Madrid, Guadarrama, Punto Omega, 1975, pág. 75.

- 25 El, recientemente fallecido, profesor E. C. Riley analiza la técnica simbólica de Cervantes. Su estudio se concentra en los dos augurios o “agüeros” que aparecen en el capítulo, 73 de D.Q.II: la liebre y la jaula de grillos. imágenes son metáforas de la Dulcinea encantada y la intervención de Sancho en la interpretación que hace don Quijote de los agüeros resulta ser, igualmente, un acto simbólico. Según Riley establece, los agüeros en la segunda parte del *Quijote* forman un código simbólico. E. C. Riley: “Symbolism in *Don Quixote*, Part II, Chapter 73,” in *Journal of Hispanic Philology* 3 (1979), 161-74.

Posteriormente Ana García Chichester sigue los pasos del maestro escocés. Analiza Chichester los distintos tipos de agüeros que se encuentran en este capítulo del *Quijote*. Señala García Chichester que “Existen tres tipos de agüeros: dos dentro de la categoría de *auguria* y los del tipo de *omen*. Pedro Ciruelo explica los distintos tipos de agüeros que se conocían a mediados del siglo XVI en su *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*. Conforme a su división, los dos tipos que se encuentran en la categoría de *auguria* son: los agüeros que se basan en el movimiento de animales (o de aves) y los basados en movimientos de hombre, ya sean corporales o espirituales. A éstos Ciruelo añade los de la categoría de *omen*, o sea los fundados en la interpretación de lo que dice o hace otra persona.”. “Don Quijote y Sancho en El Toboso: Superstición y simbolismo”. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 3.2, 1983 Págs. 123-24.

el lugar otra cosa que *ladridos de perros*, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho y, por si esto fuera poco

“de cuando en cuando *rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban en el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero*”.

He aquí, el primero de los malos agüeros que perciben nuestra pareja. Esta premonición está vinculada al espacio (cementerio) y al tiempo (medianoche) en el que, caballero y escudero se encuentran.

La oscuridad, los sonidos inarticulados de los animales y la presencia del cementerio generan este primer agüero. A causa de la oscuridad de la noche, don Quijote confunde la sombra de la iglesia con el alcázar de Dulcinea.

Tanto los puercos como los jumentos están asociados en la superstición popular con la muerte o con los muertos, con la presencia de ánimas²⁶. Por otra parte, tales ruidos nocturnos, que siempre sobrecogen el ánimo²⁷, también podían relacionarse con los conjuros que por parte de hechicería solían hacerse a aquella medrosa hora²⁸, y en los cuales, en opinión de las gentes, el diablo daba señal de quedar atendida la invocación, por medio de rebuznos, ladridos, puertas que sonaban al cerrarse de golpe, etc.

Rodríguez Marín extrae de los legajos de la Inquisición de Toledo en el Archivo Histórico alguna de las fórmulas de conjuro recitadas a medianoche por las brujas. Son éstas:

26 Ana García Chichester: *Art. Cit.*: pág. 125.

27 A título de ejemplo, anoto lo que, 300 años después, escribe Rubén Darío en “Nocturno” de *Cantos de vida y esperanza*: “Los que auscultasteis el corazón de la noche, / los que por el insomnio tenaz habéis oído/ el cerrar de una puerta, el resonar de un coche/ lejano, un eco vago, un ligero ruido.../// En los instantes del silencio misteriosos,/ cuando surgen de su prisión los olvidados,/ en la hora de los muertos, en la hora del reposo/ sabréis leer estos versos de amargor impregnados”. Ruben Darío: *Poesías completas*. Madrid, Aguilar, 1968, pág. 680.

28 Tal como señala Rodríguez Marín en su edición del Quijote, *Francisco Rodríguez Marín*. Cito por su edición del *Quijote*, Madrid, Espasa Calpe, 1964.: “(...) tales ruidos nocturnos, que siempre sobrecogen el ánimo, estaban estrechamente relacionados con los conjuros que por parte de la hechicería solían hacerse a aquella medrosa hora, y en los cuales, en opinión de las gentes, el diablo daba señal de quedar atendida la invocación, por medio de rebuznos, ladridos, puertas que sonaban de golpe, etc.”

“...Y tres señales que pido
Me las has de otorgar:
Que son: puertas sonar,
perros ladrar
y borricos rebuznar”.

Y otra dice de esta manera:

“Dadme señal
de hombre pasar
Y perro ladrar
y campanas tocar”²⁹.

A pesar de estos malos augurios, a don Quijote, cuando se lo propone, nada le puede detener. Por esta razón le dice a Sancho:

“—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea; quizás podrá ser que la hallemos despierta.”

Y, así es como llegan hasta la iglesia del pueblo, situación que le provoca a Sancho tan malas sensaciones que, ante la afirmación, un poco chasqueada de su amo “Con la iglesia hemos dado, Sancho.”

El mal agüero radica en que ambos se hallan en un lugar inapropiado en un tiempo inoportuno porque es bien sabido que en los siglos XVI y XVII se hacían los enterramientos en el atrio y los alrededores de las iglesias por lo que están en el cementerio. Por otra parte, las doce de la noche era una hora en la que brujas, fantasmas y demonios campaban a sus anchas por los cementerios.

A título de ejemplo, citaré un texto del *Coloquio de los perros* que Cervantes debió de escribir, más o menos, al mismo tiempo que la segunda parte del Quijote.

Cuando la bruja Camacha le cuenta a Berganza la muerte que tuvo su madre, la Montiel, le dice para consolarle:

“Yo le cerré los ojos, y fui con ella hasta la sepultura; allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que me muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los

29 Francisco Rodríguez Marín: en su edición de *Don Quijote de la Mancha*. Calpe, 1964 T. V, pág. 164.

cimiterios y encrucijadas, en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia”³⁰

Don Quijote y Sancho no sólo no encuentran el palacio de Dulcinea que, en vano, andan buscando, sino que han ido a para al cementerio y allí, a media noche, fácilmente se pueden encontrar con alguna bruja, algún fantasma o con el mismísimo demonio, bien en su propia figura o metamorfoseado en un animal como un perro, un gato o una lechuza. De ahí que el rebuzno de un jumento, el maullido de un gato o el ladrido de un perro causen tan malas sensaciones en el andante caballero.

Pero este peligro es una contingencia más o menos hipotética; mucho más real sería el riesgo de que la esperpéntica pareja fuese confundida con un par de brujos que, a estas horas, pretendiesen profanar alguna tumba en busca de lo necesario para realizar sus conjuros. El cura y el sacristán viven al lado de la Iglesia, Cervantes se ha encargado de recordárnoslo, inocentemente, por boca de este jornalero madrugador. Podría ocurrir que, en hipotético caso de que la presencia de tan estrafalarios personajes fuese sorprendida en un lugar tan peculiar y una hora tan inoportuna, ambos fueran denunciados a la inquisición, accidente que hubiera resultado excesivamente grave en la época.

En resumen, los ladridos, rebuznos y demás ruidos inarticulados que perturban el silencio de la medianoche, cuando don Quijote y Sancho se dirigen hacia el cementerio de la población, evocan supersticiones hondamente arraigadas en los españoles del Siglo de Oro. Son, a mi parecer, rasgos de la idiosincrasia de la época que expresan un aspecto grave y una gran preocupación del pueblo español de entonces. De este modo, creo que el miedo que suscitan tales ruidos más debiera estar asociado a las actividades del Maligno y sus acólitos que a los presagios de la muerte.

De este modo no debe extrañarnos la respuesta, ciertamente malhumorada, de Sancho:

“—Ya lo veo —respondió Sancho—. Y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura; *que no es buena señal andar por los cimiterios a tales horas*, y más habiendo yo dicho a vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.”

30 Miguel de Cervantes: *Novelas ejemplares*. Ed. Crítica, Barcelona, 2001, pág...597.

El que, según la opinión del escudero, el alcázar de Dulcinea esté en un callejón sin salida no deja de tener una cierta carga de ironía sarcástica dado que también él se halla en un callejón sin salida, ya que se encuentra en la obligación de “sostenella y no enmendalla”, porque debe mantener la coherencia con la sarta de mentiras inventadas con motivo de su pretendido viaje al Toboso a llevarle la carta de amor de su amo a Dulcinea.

El tercero de los malos agüeros aparece, ya hacia el final del capítulo, cuando se encuentran con el criado que ha madrugado para ir a labrar la tierra. Este joven jornalero, originario quizá de algún pueblo de Extremadura, viene cantando los dos primeros versos del romance del conde don Guarinos, que, a la sazón, era muy conocido porque circulaba, impreso en pliegos sueltos³¹: “Mala la hubisteis franceses, en esa de Roncesvalles”, lo cual hace exclamar a don Quijote:

“—Que me maten, Sancho —dijo en oyéndole don Quijote—, *si nos ha de suceder cosa buena esta noche*. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?”.

El romance le va a recordar al moderno caballero andante la épica batalla de Roncesvalles en la que murió la flor y nata de la caballería francesa. Por otra parte, recordemos que el espíritu de don Quijote estaba sobresaltado y se hallaba mal dispuesto a causa del primer agüero.

En segundo lugar, las palabras del romance también pueden ser interpretadas por don Quijote como una premonición de que va a fracasar, como no puede ser de otro modo, en su intento de encontrar a la Dulcinea que busca.

En aquella madrugada y de aquella guisa, don Quijote y Sancho, en el Toboso, debían de resultar una pareja tan extraña como extraños eran los franceses que fueron derrotados en Roncesvalles. Las coplas pueden anunciar un accidente funesto del tipo del que, por ejemplo, podemos ver en el *Caballero de Olmedo*, comedia de Lope de Vega, publicada unos años después, en la que el protagonista, don Alonso, al volver de noche, de resolver unos asuntos amorosos oye, cantada también por un labrador, una copla que resulta ser un presagio funesto:

“Que de noche le mataron/
al caballero,/ la gala de Medina/
la flor de Olmedo”.

31 De nuevo nos encontramos con otro ejemplo de intertextualidad del *Romancero* en el *Quijote*.

Volviendo a la historia de don Quijote, esta última premonición resulta menos clara que la primera. Sin embargo, hay un detalle que resalta en el texto de Cervantes: ese sonido no identificado de hierros que, de repente, se oye, en medio de la noche (acordémonos del episodio de los batanes): este ruido nocturno lo produce, sobre el pavimento, el arado de un jornalero, que ha madrugado para comenzar su labranza. Estos dos detalles tendrían un sentido claro para los lectores de la época, porque también por la noche fantasmas y demonios podían emitir unos ruidos semejantes.

Cervantes va revelando los detalles de forma gradual: En primer término aparece el hombre con las dos mulas y el arado; en segundo término, el romance que viene cantando; y por último, queda la información que da el mismo labrador cuando responde a las preguntas de don Quijote.

La sensatez de las palabras del ignorante jornalero enfatiza esta idea:

“—Señor —respondió el mozo—, yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar: entrambos o cualquier dellos sabrá dar a vuesa merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa”.

Estas palabras del joven campesino sirven de cierre a la transformación de Aldonza en Dulcinea por parte de don Quijote, quien, en la primera parte, ha confesado paladinamente, ante el asombro de Sancho:

“para lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas, debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen”.

No ha entrado con buen pie don Quijote en el Toboso, y las respuestas del jornalero no se han adecuado demasiado a sus expectativas, por lo que Sancho cuando advierte que su amo está “asaz mal contento”, se apresura a insinuarle una prudente retirada que les evite males mayores:

“Señor, ya se viene a más andar el día y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día y no

dejaré ostugo (rincón) en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora”.

Don Quijote acepta, con lo que se evita una escena parecida a la que Cervantes describió en el *Coloquio* cuando el sol descubrió en la calle a la vieja bruja, desnuda, untada y dormida y al perro esperando tranquilamente la vuelta del aquelarre. En el *Coloquio* la escena termina a garrotazos y Berganza, confundido con un demonio en forma de perro, tiene que salir de Montilla “a campana herida” para no perder la vida a manos de los montillanos. Lo mismo podría haber ocurrido aquí pero éste no es el caso, porque don Quijote acepta ocultarse de nuevo entre unas encinas y Sancho finge volver al Toboso en busca de la casa de Dulcinea.

Las bases para que Sancho, como ocurrió en la primera parte, se invente otra vez a una Dulcinea, en este caso encantada, están puestas. El fingido encantamiento serán la mejor salida que encuentre el escudero para salir del embrollo en el que se halla, aunque, si continuáramos las lecturas del *Quijote*, veríamos que tal encantamiento no le va a salir gratis al pobre escudero.